

EB.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 358

50 cts.



La sirena
de los trópicos

14
POR
Josefina Baker
LA MUÑECA
DE CHOCOLATE

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Filmoteca
de Catalunya

500

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción { PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración { Teléfono 2717 A

Año VII BARCELONA N.º 358

LA SIRENA DE LOS TROPICOS

Adaptación cinematográfica de la
novela de MAURICE DEKOBRA

Dirrección: JACQUES NATANSON

Interpretación:
JOSEFINA BAKER (La muñeca de chocolate)

Exclusiva de

Príncipe Films, S. L^{da}

Aldamar, 7 y 9. - SAN SEBASTIAN
Aragón, 249. - BARCELONA

Con esta novela se regala la tolograffia de
SIDNEY CHAPLIN



La Sirena de los Trópicos

Argumento de la película

El marqués de Severac aportó al matrimonio su título, su indolencia y sus incontables deudas; y la marquesa consorte, sus inmensos dominios en las Antillas, su energía y tenacidad para explotarlos y su bien saneada fortuna.

La unión del noble arruinado con la opulenta heredera no había realizado ningún sueño romántico, sino únicamente un negocio, y para el marqués había llegado ya el momento de redondearlo definitivamente.

Las relaciones entre los cónyuges se enfria-

Revisado
por la censura gubernativa

ron apenas la marquesa conoció el verdadero fondo del marido, pero, mujer digna, ella se resignaba a no provocar la ruptura que intentaba el aristócrata sin blasones morales.

Aquel día, la marquesa firmaba su correo, que despachaban varias taquimecanógrafas siguiendo sus claras indicaciones, cuando presentóse en su salón-despacho el marqués.

Ella continuó su trabajo al verle, pero el noble, interrumpiéndola discretamente, le dijo:

—Necesito hablarte.

La marquesa hizo una seña a sus secretarias y éstas abandonaron el salón particular, quedando a solas el matrimonio sin amor.

—¿Qué quieres?

—Te he pedido diversas veces una solución definitiva a nuestros asuntos...

—En efecto, pero...

—Sí... no tienes prisa... no te preocupa mi deseo... Sin embargo, a mí me interesa definir nuestra situación y es necesario que hablemos.

—¿Qué te propones? Concreta...

—He meditado acerca del arreglo que nos

conviene a ambos... y esa solución debe ser el divorcio y división de bienes.

—¡Nunca!

—Ni tú ni yo somos felices. ¿A qué prolongar, pues, nuestro matrimonio? Una vez separados cuerpos y bienes, cada cual podrá vivir su vida.

—No sigas. Te comprendo, y eso no será. ¡División de mis bienes! ¡Admirable!

—Yo creo que estoy puesto en razón; de otro modo...

—Pero ¿crees que estoy ciega? ¡Sufro y calló porque adivino tus ruines intenciones! Quieres divorciarte para obligar a Mercedes, nuestra ahijada, a aceptarte por marido. ¡Ni ella ni yo dejaremos que sea un hecho esa infamia!

Un criado vino a interrumpir el nuevo altercado que sostenían los marqueses, anunciando la llegada de un amigo de las mujeres de la casa: Andrés Berval, joven ingeniero que aspiraba a la mano de Mercedes y al que ésta se la había concedido ya con mil amores, llena

de ilusión pensando en lo feliz que sería casándose con él.

Dejando traslucir el furor que le agitaba interiormente, el marqués inquirió, cuando se hubo marchado el fámulo:

—¿Quién mandó llamar a Berval?

Por toda respuesta, la marquesa condujo a su marido hacia un coquetón rincón de la casa y una vez en él se detuvo detrás de unos cortinajes e hizo mirar al marqués por entre los pliegues de los mismos hacia el interior del saloncito.

Y la escena que presenciaron sus ojos hicieron palidecer al noble.

¡No, aquello no sería nunca!

Mercedes, su ahijada, no se casaría con Berval, y en seguida cortaría él por lo sano los incipientes amores.

Apartóse de su observatorio, pues lo que veía le hacía mucho daño, ya que no podía sufrir que Mercedes tuviera sonrisas y tenuras para ningún hombre, y con la marquesa avanzó hacia la joven pareja.

Mercedes y Andrés saludaron a los marque-

ses, expresándoles toda la alegría de su alma por la ilusión que a ambos les unía, y dijo la hermosa joven, emblesando al marqués con su suave belleza, que parecía arrancada de las estampas místicas, y el encanto de su sed de cariño:

—Nos amamos, padrino, y Andrés desearía hablarte...

El ingeniero se disponía a pronunciar, de la mejor manera posible, un discursito; pero el marqués, atajándole con incomprensible brusquedad, exclamó:

—Lo lamento mucho, pero... es tan joven todavía Mercedes...

Los dos jóvenes miráronse con asombro confiándose mutuamente su pesar, y como el marqués, a continuación de su categórica respuesta, se marchara visiblemente contrariado, no quedando junto a ellos más que la marquesa, suplicaron a ésta que los defendiese en su supremo anhelo.

—No os aflijáis, hijos míos... Yo le hablaré... El sigue considerando a Mercedes como

una niña y es hora ya de que se convenza de lo contrario.

Resueltamente, firme en su plan de protección del amor de su ahijada, la marquesa fué al encuentro de su marido, al que halló presa de intensa excitación nerviosa en una salita íntima, y esforzóse en doblar en la fragua de la persuasión el hierro del ofuscamiento.

Mujer comprensiva, hacía cargo del sufrimiento del egoísta compañero amando como un muchacho a Mercedes, y, lejos de recriminarle duramente su locura, empleaba la humildad como el arma más sutil...

—¡Te lo ruego, te lo suplico! ¡No es mi felicidad lo que defiendo: es la de ella, Severac, la de ella!

La ventajosa situación en que se colocaba frente a él la marquesa hizo reflexionar al marqués.

¿Por qué no recurría él también a la habilidad, a la apariencia, a la paradoja, como su esposa?

Sí. Fingiría defender la dicha de Merce-

des, cuando en realidad obraría por cuenta personal.



—*¡No es mi felicidad lo que defiendo; es la de ella, Severac, la de ella!*

No vaciló en acomodarse al sistema de defensa que le brindaron las sinceras palabras de la marquesa; y repuso, después de una prudencial y bien estudiada pausa:

—Perfectamente. También yo deseo contri-

buir a esa felicidad. Dile a Berval que aquí le espero.

La marquesa no sospechó la doblez de Severac y corrió jubilosa a trasladar la grata nueva a los enamorados, que no habían cesado durante su soledad de cambiarse juramentos de fidelidad.

Y, al poco, el ingeniero, no sin ciertos resquemores, por la actitud en que el marqués se colocara antes, presentóse ante éste, recobrando su tranquilidad al observar su rostro sonriente.

—¿Me mandó usted llamar, marqués?

—Sí, amiguito... Venga usted acá... Disimule mi crudeza de hace un momento...

—¿Quién se acuerda de ello!

—Es mi carácter... En fin, hablemos... Yo le aprecio a usted mucho, se lo que vale, pero se trata de la felicidad de Mercedes...

—Yo, marqués...

—Sí, sí. Se lo que me contestará... y eso no basta.

—No comprendo...

—Deseo que el hombre que se case con mi ahijada disfrute de una situación brillante. Us-

ted no la tiene, cierto; pero yo voy a ofrecerle la ocasión de alcanzarla.

—Gracias, marqués... Estoy completamente a sus órdenes...

—En nuestras posesiones de las Antillas se me asegura que hay yacimientos auríferos. Pues bien: vaya usted allí, estudie el asunto y desde este momento es usted ya participe en mis negocios.

—¡Oh, marqués! Mi reconocimiento será eterno. En cuerpo y alma me entregaré al cumplimiento de la honrosa misión que acaba de confiarme.

—Mucho me complacerá su triunfo completo, y tras él le aguardará a usted la felicidad soñada.

—Si con voluntad se logra lo que uno se propone, estoy seguro de vencer, por el amor de Mercedes sobre todas las otras riquezas.

—Voy a escribir a Alvarez, mi capataz, para que se ponga a sus órdenes en cuanto llegue a mis posesiones.

Andrés Berval no dudó ni remotamente de las nobles intenciones de Severac y preparóse,

con la prisa de lo que se desea ardientemente, para ir en pos del éxito, lámpara de Aladino que le entregaría, por siempre, el tesoro más lisonjero del mundo, para él: su Mercedes.

En tanto, Severac mandaba a su capataz en las posesiones de las Antillas, la siguiente carta:

Mi fiel Alvarez:

Esta carta llegará un correo antes que mi ingeniero Andrés Berval, quien lleva la misión de estudiar las minas de "Monte-Puebla".

Sería de mi agrado que este joven no volviera jamás a Francia.

Sabes que tu pasado y tu porvenir están en mis manos y no dudo que harás CUANTO PRECISE para complacerme.

El marqués de Severac

*
**

Alvarez, el capataz de confianza del marqués, era el prototipo del negrero brutal, despiadado, salaz y traidor.

Hallábase en su despacho, cuando entró, cargado con un saco muy pesado, un pobre esclavo.

El negro no hizo ninguna ceremonia antes de entrar, y, soberbio, Álvarez, yendo a su encuentro en el momento en que el infeliz se disponía a subir una corta escalerilla con el saco a cuestas, le dijo:

—¿Por qué entraste sin llamar, idiota?

El esclavo tamblaba como un azogado, temiendo los latigazos del tirano, y cuando Álvarez le azotó, por el placer de hacer sentir su autoridad, el negro, involuntariamente volcó sobre la cabeza del villano una parte del contenido del precitado saco. Y como lo que ha-

bía dentro de éste era harina, el salvaje tostado por el sol tropical quedó blanco como una figura de yeso.

—¡ Ah, bribón, bribonazo! ¡ Vas a ver cómo te pongo! — gritaba al tiempo que se limpiaba el rostro de la capa de harina.

En aquel momento entró en el despacho una linda muchacha indígena que calmó como por encanto la ira del capataz, permitiendo al negro escabullirse sin haber recibido el "premio" que su torpeza le había hecho merecer de Alvarez.

La recién llegada era Chachita, una flor silvestre de los trópicos, hija de padre blanco y madre mulata.

Al ver a Alvarez de aquella suerte, exclamó la linda mocita, la exquisita muñeca de chocolate, de cuerpo juncal, risa de cielo y ojos saltones y pícaros:

—¡ Ay, quién fuera tan blanquita, patrón!

El capataz sonrió, y, después de limpiarse el rostro y las ropas, acercóse a Chachita y, meloso, empleando con ella una amabilidad que nadie más le conocía, le dijo:

—¡ Quiero que estés muy contenta, Chachita! ¡ Toma estas golosinas!

Y le entregó unas cerezas, que la gentil morenaza devoró con deleite.

Chachita también tenía que decirle algo agradable al capataz, y manifestóle, mientras comía la pulposa fruta:

—¡ Tú también estarás contento, patrón! ¡ Chachita te trae el dinero del alquiler!

Los ojos de Alvarez rieron. El dinero era para él el bálsamo que curaba todos los males. Embolsó la cantidad que le entregaba Chachita y murmuró:

—¡ El borracho de tu padre me está resultando un mal negocio! ¡ Si no fuera por ti, le echaba a patadas del bohío!

—Tú no harás nunca eso con mi padre, ¿verdad, patrón?

—No, preciosa, no... ¿Sabes, Chachita, que eres muy hermosa?

—No te rías de mí...

—Te digo que me gustas, pequeña, y como me gustas mucho...

—¡ Oh, déjame! ¡ No me toques! ¡ Suéltame!

Alvarez, desatados sus instintos lúbricos, forcejeaba con Chachita para someterla a sus caprichos; pero la muñequita de chocolate se

defendía con tesón, y al verse en peligro bajo las poderosas garras del infame, gritó:

—¡León! ¡León!

Sus lamentos fueron oídos por León, que era un perrazo tan hermoso como bravo, y Alvarez, a la vista del leal amigo de la indígena, que saltó gallardamente por la ventana del despacho, soltó su presa.

Chachita se puso en salvo inmediatamente, saliendo al exterior por la ventana, y una vez fuera llamó, silbando, al perro, que se reunió presto con su amita.

Furioso, Alvarez cogió una escopeta y se asomó a la ventana para matar al perro, a fin de que no pudiera, en ocasión futura, interrumpirle con Chachita...

Pero la jovencita comprendió el criminal propósito del capataz y se ocultó con "León" detrás de un árbol de grueso tronco, cercano a su bohío.

Y cuando hubo pasado el peligro, salió Chachita de su escondite y con el perro se metió precipitadamente dentro de su cabaña, gozosa por haberse burlado de Alvarez.

En el bohío halló Chachita a su padre be-

biendo caña sin consideración. Podía decirse de él que era un viejo europeo que se conservaba muy bien en alcohol.

Chachita refirió a su deudo lo ocurrido con el capataz, y como el viejo beodo se encogiera de hombros, añadió la honesta doncella:

—Si no quieres creer a tu niña, pregúntaselo a "León". ¿Verdad, "León", que ese mal hombre quería hacerme daño?

El perro ladraba, demostrando en su lenguaje la veracidad de las manifestaciones de su amita.

Pero el padre de Chachita, torciendo la boca en un gesto de conmiseración, respondió:

—¡Eres tonta de remate! ¿Qué más puedes desear que ser muy amiga de Alvarez? ¡El tiene plata, mucha plata!

Las palabras de su padre hirieron en lo más hondo a la digna Chachita. ¡Oh! ¿Era posible que su padre le aconsejara que hiciera caso a Alvarez en sus denigrantes propósitos? ¡No, no era posible! Y, sin embargo... ¡Pero ella no aceptaría nunca tales consejos, nunca!

Hasta la admirable muchacha llegaron en aquellos instantes rumores de gritos de alegría

del exterior, e impelida por la curiosidad salió a ver lo que ocurría.

Pronto lo adivinó, y echó a correr desde la puerta del bohío hacia el pozo situado en el centro de la plazoleta y desde cuyo brocal varios traviosos muchachos, inclinados hacia abajo, se gozaban en el remojón que daban a un gatito que acababan de arrojar al agua.



Las palabras de su padre hirieron en lo más hondo a Chachita.

—¡Holgazanes! ¡Fuera de aquí! — les gritó Chachita.

Los chiquillos, que conocían el geniecillo de la mestiza, huyeron despavoridos, y entonces Chachita, presurosa, arrojó al fondo del pozo una cuerda a cuyo extremo estaba atado un cubo, y gracias a ello pudo subir al gatito, que las pasaba muy negras en el líquido.

Contenta de su buena acción, Chachita regresó al bohío de su padre, sentóse en el suelo, junto a "León", que contemplaba con cariño — ¡cosa rara! — al felino, y el gatito fué objeto de ternuras maternas por parte de la bondadosa amita.

Supersticiosa como la gente de su país, Chachita miró a su padre, que no se preocupaba de otra cosa que de su bebida, y dijo, estrechando contra su corazón al gatito:

—Michín traerá buena fortuna a Chachita.

Algo bueno le reservaba el Destino por haber realizado aquella buena acción.

¿Qué sería?

Pronto, pronto lo sabría, porque sus presentimientos no fallaban nunca.

**

Alvarez era de los que practican el refrán que dice que la caridad, bien entendida, empieza y acaba en uno mismo...

El marqués de Severac confiaba en él a ciegas, y el miserable sabía sacar provecho de tal confianza, apropiándose una buena parte de las ganancias...

Aquella tarde se hallaba en su despacho haciendo combinaciones con ciertos productos para su lucro personal, cuando entró, atemorizado, un negro, con una carta en la mano.

Hemos dicho entró, y no hizo más el negro que asomarse al interior del despacho ofreciendo la carta a Alvarez.

—¿Qué quieres? — preguntó el capataz con su habitual desconsideración.

—¡Patrón, patroncito! ¡Un correo para vos!

Sin atreverse a adelantar, el negro alargó

el brazo en dirección a Alvarez, tratando de sonreír, cuando lo que en realidad hacía era una mueca horrible.

Aquel infeliz esclavo le tenía pánico al capataz.



—*Michín traerá buena fortuna a Chachita.*

—¡Entra de una vez, condenado! — gritóle Alvarez.

—Sí, sí, patrón...

Hizo un esfuerzo el desdichado y entregó

la carta a Alvarez, desapareciendo luego de allí como alma que lleva el diablo.

La carta que acababa de recibir el capataz era la que le dirigiera el marqués de Severac recomendándole a Berval.

Al leerla, Alvarez sonrió. Berval era un enemigo del marqués y debía desaparecer. Cumpliría el encargo al pie de la letra, como otra vez... Bien sabía el marqués que podía fiarse de él.

En tanto, allá en Francia, el noble, cada vez más locamente enamorado de Mercedes, no la dejaba a sol ni a sombra, esperando el momento de insinuarse a ella para obtener su amor, sin el que no podía vivir. Su pasión por la hermosa joven era una pasión de todos los sentidos, de la que no podría curar nunca y por la que sería capaz de todo.

Mercedes se preparaba cierta noche para salir con la marquesa. Vistióse una valiosa y elegante *toilette*, con la cual estaba verdaderamente maravillosa.

La doncella de servicio a sus órdenes la dejó sola cuando su misión junto a ella hubo terminado, y, surgiendo de entre unos cortina-

jes, apareció el marqués en el salón donde se hallaba Mercedes.

—Ya estoy lista, padrino — dijo la joven al ver al marqués—. Y, la madrina, ¿también? Voy a buscarla.

—Espera, Merceditas... Has cambiado de unos días a esta parte... ¿Estás triste por la ausencia de Andrés?

—Hace ya un mes que partió... — suspiró la novia.

—Sí, un mes; pero no te aflijas. El es joven y debe labrarse un porvenir antes de pensar en cosas tan importantes como el matrimonio. Créeme que sufro viéndote tan apenada. Vamos, mírame, sonríeme... Tú necesitas que te mimen. ¿No sabes cuánto te quiero, Merceditas?

—Yo quisiera volver a ver muy pronto a mi novio.

—¡Resígnate, Merceditas! ¡Es tan lejos aquel país! ¡Quién sabe cuándo volverá! Pero me tienes a mí, nena, a mí... Mírame... Quiero verte alegre... No puedo sufrir esa amargura en tu rostro, porque yo te...

La abrazó y forcejeó con ella para besarla,

hollando los más sagrados principios de la dignidad.

Mercedes se defendió como una tigresa y pudo escapar de los brazos del innoble marqués, asustada por lo que había adivinado respecto de Andrés en las palabras y en las miradas de aquél.

La marquesa estaba preparada para salir. Esperaba a Merceditas, no dejándole de extrañar su tardanza.

De pronto llegó a su presencia la asustada muchacha, quien, sin poder hablar, tan fuerte era su emoción, arrojóse en sus brazos, como suplicándole amparo.

La marquesa, atónita, abrazóla y procuró calmarla prodigándole alentadoras palabras.

—¿Qué te pasa? Habla.

—¡Oh, madrina! ¡Andrés... mi Andrés está en peligro!

—¿Por qué lo dices? ¿Qué motivos tienes para tener ese temor?

—¡No volverá! ¡No volverá!

—Explicate... Quiero saber la verdad.

—El marqués duda que vuelva... ¿Por qué lo alejó de mi lado? Lo hizo para que no se

casara conmigo. ¡Pobre Andrés! ¡Infeliz de mí!

—¿Qué te dijo mi marido? Repíteme vuestra conversación.



—¡Oh, madrina! ¡Andrés... mi Andrés no volverá!

—Me confesó que se arrepentía de haberle aconsejado el viaje, que aquel país es muy peligroso... ¡Estoy inquieta! ¡Me asustaron sus palabras!

La marquesa vió claro en aquel tenebroso asunto y respondió a su ahijada, resuelta a desbaratar los planes de su esposo:

—No te preocupes. Mañana embarcaremos para las Antillas, y allí tengo yo buenos amigos para salvar a tu amado.

—¡Gracias, madrina! ¡Yo amo a Andrés y quiero reunirme con él!

—Guarda el secreto de nuestro viaje. ¡Que no se entere nadie... ni el marqués!

Las dos mujeres hicieron los preparativos necesarios para emprender el viaje inmediatamente, y obraron con tal discreción que el marqués no sospechó nada.

Al nuevo día, y coincidiendo con la partida del vapor rumbo a lejanas tierras, el marqués encontró encima de una mesa la explicación de la extraña desaparición de la marquesa y su ahijada.

Era una carta que decía así:

Marqués:

Ya que hasta hoy he sido yo quien ha llevado los asuntos de las Antillas, no me parece bien que hayas confiado a otra persona el es-

tudio de las minas de Monte-Puebla y salgo hacia allí, para inspeccionarlas personalmente.

Va conmigo Mercedes, pues no quiero dejarla sola en sitio tan peligroso como este palacio.

Te saluda tu esposa.

—¡Maldición! — rugió el marqués—. ¡Ya veremos quién ganará a quién!

**

Andrés había llegado ya a las posesiones de la marquesa.

Alvarez, interpretando a las mil maravillas su papel de cómplice del marqués, dispuso cordial acogida al joven ingeniero, poniéndose a su entera disposición para ayudarle en lo que fuese necesario.

Andrés, animado por el deseo de triunfar, creyó de buena fe en la sinceridad del afectuoso acatamiento del capataz y resolvió empezar a trabajar en seguida, ante lo cual comentó Alvarez:

—Comprendo su interés en comenzar sin tardanza. ¡Admiro su juventud y su energía! ¡Usted triunfará en este país!

—Así lo espero — manifestó Andrés.

Los días se deslizaban lentamente en la cálida región.

Andrés esperaba el momento de la iniciación de sus trabajos, y entretanto se interesaba por la explotación de las propiedades, estudiando un poco el carácter de los indígenas y examinando el terreno.

Cierto día, mientras se paseaba por unos bosques, oyó gritos de mujer y espoleó su caballo en dirección al lugar de donde aquéllos partieron.

Al llegar vió a Alvarez tratando de abusar de la soledad en que se hallaba una linda indígena que, al parecer, se disponía a bañarse en un riachuelo cuando el capataz se presentó ante ella.

Esa mujer era Chachita, la codiciada paloma.

La gentil mestiza, cuyos dos grandes y únicos amigos eran el sol y la libertad, había ido a aquel solitario lugar para bañar su bello cuerpo.

Creyéndose sola, como otras veces, despojóse de su corpiño saltando como una chiquilla, e iba a quitarse la falda, cuando Alvarez, acicateado por la lujuria, arrojóse sobre ella, surgiendo de unas malezas que lo ocultaron hasta aquel momento.

Chachita pugnó por desasirse del bruto, pero éste era fuerte y parecía decidido a no perder aquella peregrina oportunidad de conseguir lo que tanto deseaba de la exquisita muchacha.

La situación era, pues, harto crítica para ella; pero la Providencia le envió en su auxilio a Andrés, a quien no había tenido aún ocasión de tratar.

El joven ingeniero francés, haciendo alarde de la hidalguía de los caballeros de su país, enfrentóse severamente con Alvarez y le obligó a soltar su indefensa presa, recriminándole sin ambages su conducta de salvaje.

El capataz murmuró improperios contra el imbécil francés y alejóse del bosque pensando en la venganza que se tomaría cumpliendo tan sólo la orden del marqués. Estaba en su mano su vida, y viviría poco. Eso era lo que saldría ganando el caballerete mezclándose en sus asuntos.

Chachita, agradecidísima a su joven y bello salvador, se estrechó, emocionada, sobre su pecho, al tiempo que se cubría la desnudez de su bronceado y modelado busto, y le dijo, besándole con los ojos:

—Tú has sido bueno para mí y yo no lo olvidaré.

—He hecho lo que debía, muchacha.

—Llámame Chachita. Quiero que me llames así, como todos, pero tú más que ninguno.

—Si es tu gusto, Chachita...

—Alvarez es muy malo y tú eres muy bueno. ¿Verdad que seremos amigos?

—Sí, Chachita.

Por primera vez en su vida, la mestiza se turbaba al mirar a un hombre.

¿Qué significaba aquel sentimiento, desconocido para ella hasta aquel momento?

Sencillamente, que Andrés había interesado su corazoncito virgen.

Sí; el joven francés le gustaba tanto como repudiaba a Alvarez.

Pero una nube negra obscureció la alegría de Chachita.

—¿Qué represalias tomaría el traidor capataz contra ellos?

Le sabía capaz de las peores hazañas, y temió por la seguridad de Andrés.

Vigilaría. Enteraría al ingeniero de muchas cosas que le interesaba conocer.

No en vano Chachita pensaba mal de Alvarez, pues éste, al volver a su bohío, se puso a trazar las siguientes líneas para Severac:

Señor Marqués:

Yá sabe usted que acostumbro cumplir fielmente sus órdenes.

Si volviera a nacer el capataz anterior de la señora, podría atestiguarlo...

Como los aires de París perjudican a la juventud, procuraremos que el ingenierito no vuelva a respirarlos...

*
**

Nocturno en los trópicos.

Los indígenas, formando un círculo, se libraban a sus diversiones favoritas bajo la plata de la luna: la danza y el canto, simultáneamente o alternados.

Los cuerpos de los danzarines se agitaban como desarticulados y rasgaban el aire las típicas canciones.

Chachita cimbreóse deshuesadamente en el ruedo, en tanto que un negro la jaleaba con unas guajiras:

*Pancho, muy borracho estás
Mucha cañita has bebido,
y no vienes al bohío
más que a beber y a fumar.
Si no quieres trabajar
coges la hamaca y lo dices
y te vas con los mambises
al campito a pelear.*

Atraído por la fiesta, y, sobre todo, por la danza a que se libraba Chachita, que era como un rayo de sol en la noche. Alvarez acercóse al círculo, y al ver entre los espectadores a Andrés, le ofreció hipócritamente la mano, diciéndole con humildad, fingiendo arrepentirse de su acto de aquella tarde:

—¡Todo queda olvidado, amigo!

El ingeniero no era rencoroso y aceptó la reconciliación, satisfecho de haber logrado hacer comprender al capataz su censurable conducta.

Chachita seguía bailando contorsionándose de un modo inverosímil y sus gestos resultaban tan chocantes y arrebatadores, que Andrés, complacido, se entregó por completo a los aplausos.

¡La música y el baile exóticos tenían un encanto voluptuoso al que era imposible resistirse!

Después de la fiesta a la luz de la luna, cada mochuelo volvió a su olivo. Al despedirse de él. Alvarez dijo a Andrés:

—Buenas noches y a descansar. Mañana al

amanecer saldremos para Monte-Puebla, si le parece...

—¿Cómo no? Ardo en deseos de conocer ese lugar.

—Pues, hasta mañana.

—Buenas noches.

Chachita, que se había acercado para saludar a Andrés, oyó la conversación que éste sostuvo con Alvarez, y palideció al oírle mentar Monte-Puebla.

¿Qué se proponía el malvado capataz llevándose a Andrés a Monte-Puebla?

Alvarez quedó solo en la plazoleta y, resueltamente, no temiéndole, y menos tratándose de demostrar a Andrés su gratitud, Chachita se unió a él y le dijo:

—¿A qué vas a Monte-Puebla con el ingeniero?

Alvarez le puso una mano en la boca, y replicó, amenazador:

—¡Tú te callas los morros... si no quieres que te los calle yo!

Pero Chachita buscó a Andrés y le reveló los temores que tenía.

—Alvarez es muy malo y Chachita no quiere que vayas con él a Monte-Puebla.

Andrés supuso que el miedo de la mestiza se fundaba en la escena ocurrida entre Alvarez y él por su causa, y no se preocupó de aquel aviso, que era grave, mucho más grave de lo que él se figuraba.

Disgustada por no haber logrado disuadir al ingeniero de ir con el capataz al peligroso monte, Chachita entró en su bohío y acostóse; pero pasó una noche pródiga en pesadillas y temores.

¡Aquel Alvarez maldito!

Al amanecer, el capataz y dos negros recogieron a Andrés y marcharon hacia Monte-Puebla.

Chachita, que despertó en aquel momento, saltó del lecho, resuelta a no perder de vista a los expedicionarios.

Asomóse al cuarto de su padre, vió que éste dormía pesadamente, vistióse en un santiamén y salió de la choza, corriendo por atajos y senderos hacia Monte-Puebla para observar a Alvarez llegando antes que él.

Unas horas después, Chachita, apostada en un montículo al otro lado del puente suspen-

dido sobre un abismo desde el sitio donde habían de detenerse los expedicionarios, vió llegar a éstos y se ocultó convenientemente para no ser descubierta por mucho cuidado que pusieran los sicarios del capataz en escudriñar aquellos alrededores.



...saltó del lecho, resuelta a no perder de vista a los expedicionarios.

Llegados a destino, Alvarez, mostrándole el pasadizo sobre el vacío, dijo a Andrés:

—Al lado opuesto de este puente comienzan los terrenos a estudiar.

El ingeniero trató de avanzar por él mismo, pero Alvarez le detuvo:

—De ninguna manera, joven atrevido. A lo mejor el puente está en malas condiciones. Este irá primero a tantear su resistencia.

Un negro pasó al otro lado de la pasarela y regresó asegurando que todo estaba bien.

Entonces Andrés, seguido, al parecer, de Alvarez y los dos sicarios, avanzó por el puente, y al encontrarse en el centro el pasadizo cedió bajo sus pies y el ingeniero cayó al fondo del abismo aparatosamente.

—¡Ya está listo! — exclamó para sí Alvarez. Y sonrió a sus hombres, que habían cortado las cuerdas del puente mientras él hablaba con Andrés.

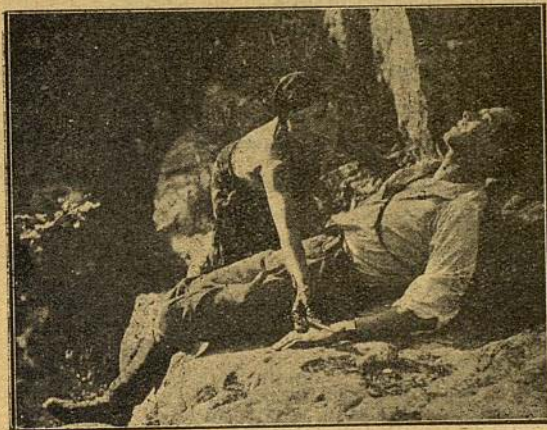
Cumplida su misión, el capataz apartóse con sus cómplices de allí, y Chachita, horrorizada, temiendo encontrar muerto a Andrés, lanzóse temerariamente, por riscos y peñas, hacia el abismo, hasta llegar junto al caído.

Le palpó para asegurarse de que vivía, y dió un profundo suspiro al cerciorarse de ello.

Afortunadamente, la caída no fué de resultados fatales.

Chachita ayudó a Andrés a incorporarse y haciéndole apoyar en ella lo subió al camino.

Andrés se quejaba de fuertes dolores en la espalda, y tendiéndolo en el suelo, Chachita le reconoció como una madrecita.



Andrés se quejaba de fuertes dolores en la espalda.

—Tú estate quieto, blanquito, y yo te pondré bueno.

Le fué sacando todo lo que tenía en los bolsillos, para evitarle la menor molestia, le roció los labios con el líquido que él llevaba en una cantimplora, y al fijarse en un librito que Andrés acariciaba con las manos, exclamó, puerilmente:

—¡Oh, qué bonito, tan pequeño! ¡Este librito dar buena fortuna!

—Es el breviario de mi madre.

—Guárdalo bien, entonces... Y no te muevas, ¿eh?

—¡Qué buena eres, Chachita!

—No digas nada. Descansar y basta. Te vas a quedar solo.

—¿A dónde vas?

—Chachita volverá en seguida con hierbabuena.

Partió la linda y enamorada mestiza, pero anocheecía y no había vuelto aún.

Extrañado ante su tardanza y sintiéndose con fuerzas para andar, Andrés levantóse y con penas y fatigas avanzó por aquellos solitarios lugares.

De súbito vió unas antorchas que flameaban

en la negrura de una gruta y se acercó a ésta, no sin tomar precauciones.

Los que se hallaban en la gruta que formaban unas rocas eran Alvarez y dos de sus sicarios. El capataz tenía allí su escondite de oro, y era por su propio interés, más que por el del marqués, que no quería intrusos en Monte - Puebla

Dentro de la gruta, y por una cuestión de amor propio, discutieron los dos negros cómplices de Alvarez, y, éste, dando la razón al que era su hombre de confianza, fustigó al otro, que prometió vengarse, apartándose del capataz y de su lugarteniente, sin que éstos, ocupados en enterrar el botín, se diesen cuenta de ello.

Salió el maltratado negro de la gruta y emprendió por vericuetos el regreso al poblado para llevar a cabo su venganza, cuando, de pronto, dió un grito de júbilo al ver llegar a un piquete de soldados.

Esta era la hierbabuena que Chachita prometiera a Andrés.

El negro enteró al jefe de lo que en aquel momento estaba haciendo Alvarez, a quien él

buscaba, y los soldados dirigieron a la gruta.

Un poco antes, Andrés, haciendo irrupción bruscamente en la gruta, había amenazado con un revólver a Alvarez, que no volvía de su asombro, para obligarle a entregarse, pero el cómplice que estaba con él, exponiendo su vida, logró arrancarle el arma, y, entonces, lucharon a brazo partido los dos enemigos.

Así estaban, en peligro Andrés, pues eran dos hombres fuertes contra uno, cuando llegó la policía con el negro que delatará a Alvarez.

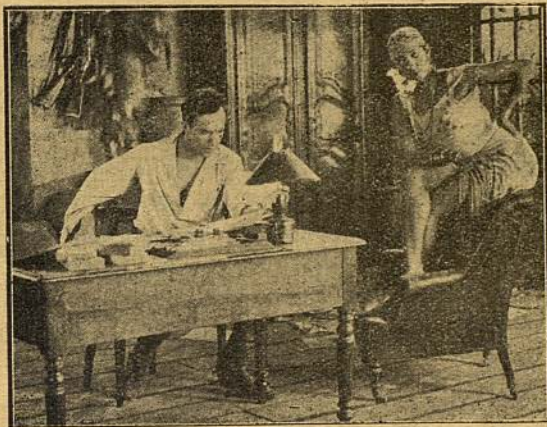
Y, detenido por ladrón y criminal, Alvarez no volvería a cometer ninguna hazaña.

Andrés, de regreso al poblado, con Chachita, que se había convertido en su sombra, negra, desde luego, pero buena, pues el color no había quien se lo quitase, buscó, entre los papeles de Alvarez, y encontró la carta que el marqués de Severac dirigiera a su capataz ordenándole, en forma especial, la supresión del ingeniero.

¡Ah, villano! Y Andrés guardó esa carta, para no hacer uso de ella sino en caso de

inevitable necesidad, ya que a él lo único que le interesaba era Mercedes.

En aquellos momentos un negro vino a anunciar a Andrés la llegada de dos mujeres que deseaban verle.



...y encontró la carta que el marqués de Severac...

¿Quiénes podían ser?

Salió del bohío y su corazón dió un brinco al ver ante él a Mercedes con la marquesa.

Los prometidos se abrazaron apasionada-

mente, prodigándose entre fuertes besos las más bellas frases de alegría.

La marquesa quedó unida a la pareja por la gratitud que le demostró, con respetuosos abrazos, Andrés, y la felicidad de los tres no tenía límite.

Luego Andrés, recordando a Chachita, la fué a buscar, para presentarla a las dos mujeres, pero la mestiza, que había visto como se besaban el ingeniero y Mercedes, rehusó saludarlas y, rota su alma de dolor, huyó de ellas como temerosa de su contacto.

¡Qué desencanto! ¡Y ella que había llegado a creer...!

*
**

La marquesa nombró un nuevo capataz y volvió, con Mercedes y Andrés, sin demora, a Francia.

Chachita no pudo resistir la ausencia del hombre a quien ingenuamente había entregado su corazón, y un buen día huyó de su hogar, sin recursos, sin experiencia, pero con la voluntad inquebrantable de llegar, fuese como fuese, hasta Andrés.

Despidióse, en una carta, de su padre; y fué a pedir pasaje para Europa a la Compañía de Navegación... sin más dinero que unas exiguas economías.

Naturalmente, el pasaje le fué negado, pero Chachita no se amilanó y a nado consiguió alcanzar el trasatlántico, a bordo del que fué izada por un tripulante que la perdió de vista cuando se disponía a interrogarla.

Para que no la obligasen a volver a tierra mientras el buque seguía anclado en la bahía, Chachita ocultóse en la carbonera, luego en la cocina, dentro del depósito de harina, y se armó gran revuelo al declarar una pasajera que había visto, ora un fantasma negro, ora un fantasma blanco.



...el pasaje le fué negado...

El pasaje y la tripulación, a la cabeza de los cuales iban los oficiales de a bordo, buscaron al extraño fantasma, y al fin Chachita fué des-

cubierta... en el baño de un camarote, obligándola el capitán, que se tapó los ojos para no ver ciertas cosas, no porque fueran desagradables, sino por pudor, a cubrirse con una bata y seguirle a su despacho, para interrogarla.

La gente contemplaba con curiosidad a la mestiza, que estaba verdaderamente elegante envuelta en la fina bata de la pasajera del camarote que ella tomara por asalto, y una de las pasajeras, apiadada de Chachita, pagó el pasaje y la contrató, además, como niñera de un batallón de chiquillos.

Y de este modo la enamorada mestiza pudo llegar a París, pues a París iba su ama.

Una vez en la dorada ciudad, donde Chachita no se cansaba de preguntar por Andrés a sus compañeras de oficio y a quien se le ponía amablemente a tiro, un *produceur* y un empresario de revistas la descubrieron bailando exóticamente para divertir en una plazuela a los niños confiados a su custodia, y coincidiendo uno y otro en que sería, por su color y su arte, un buen número para la nueva revista en preparación, se acercaron a ella y

le hablaron de hacerla trabajar en el tablado.

—¿A usted le gustaría ser estrella de *music-hall*?



...y la contrató, además, como niñera de un batallón de chiquillos.

—¿Y qué es esto que dice usted?

—Una cosa en la cual se gana mucho dinero con los pies.

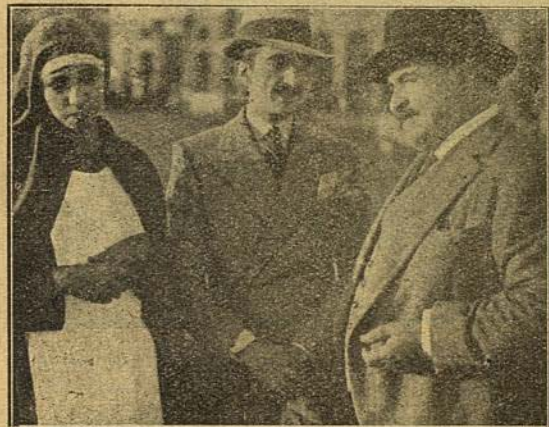
—¿Vendrá allí amito Andrés?

¿Quién era aquel Andrés?

Pero el *produccur*, con fatuidad, repuso:

—¡Naturalmente! ¡Todo París irá a ver mi revista!

Chachita palmoteó de júbilo.



—Pues si viene amito Andrés, Chachita hará "*music-hall*" con los pies.

—Pues si viene amito Andrés, Chachita hará *music-hall* con los pies — contestó.

Y, desvestida por un modisto de alta alcur-

nia, y calzada por el príncipe de los chapines, Chachita pudo ya comenzar su carrera.



Y, desvestida por un modisto de alta alcurnia...

**

La marquesa de Severac seguía imperturbable el plan que se había trazado.

El marqués, ignorante de que el noble Andrés tuviese en su poder la carta que él escribiera a Alvarez, seguía oponiéndose a que matrimoniasse con Mercedes; pero la marquesa insistió en que accediese, en bien de todos, y, acorralado, Severac fué accediendo; pero al llegar el momento de pedirle su esposa que señalase la fecha de la boda, desató su furor, negándose rotundamente.

En tanto, Chachita, deslumbradora con los atavíos de reina que le compraron el *produceur* y el empresario, llamaba poderosamente la atención en los restaurantes aristocráticos, en uno de los cuales, el más concurrido, decidieron aquéllos presentarla íntimamente como bailarina excéntrica.

Y cinco minutos fueron suficientes para que la mestiza conquistara el Mundo, conocido también con el nombre de París.

¡Su arte fué coronado por el aplauso de los más exigentes!

¡Su carrera estaba hecha!

¡Su debut sería algo extraordinario!

—¿Hay pupila o no hay pupila, amigo, para ver estrellas? — dijo el *produceur* al empresario, hinchándose de satisfacción.

—*Tenemos pupila, no cabe duda.*

Pero los dos hombres tuvieron un susto mayúsculo cuando al terminar de bailar Chachita les dijo, furiosa y negándose a permanecer un minuto más allí:

—¡Amito Andrés no está aquí! Ustedes me engañaron, y yo no marchó con mis pies!

—Pero...

—¡Nada, nada! ¡Yo vine aquí para ver a amito Andrés!

¡Caramba con el Andresito de la mestiza!

¿Quién sería aquel hombre y dónde encontrarlo?

Pero también, al parecer, hay Providencia para los empresarios de revistas, pues dos días

antes del debut de Chachita en la nueva revista, el *produceur*, reunido con el Consejo de Administración del teatro, leía el siguiente suelto periodístico.

ECOS DE SOCIEDAD

Dase como cierto el próximo enlace de la bellísima señorita Mercedes Delor, ahijada de los marqueses de Severac, con el distinguido ingeniero don Andrés Berval.

En aquellos momentos, en el palacio de los padrinos de Mercedes, éstos hablaban de la anunciada boda.

—¿No opinas, marqués, que sería conveniente celebrar cuanto antes la fiesta oficial de esponsales?

—¡No!

El marqués estaba decidido a mantener, costase lo que costase, su actitud negativa. ¡Jamás consentiría en aquella fiesta que lo pondría en ridículo a sus propios ojos!

—¿Es esta, tu última palabra?

—¡Sí!

Pero... pero...

El empresario del teatro donde debía debutar Chachita se daba a todos los demonios.

—Pasado mañana ha de debutar nuestra muñequita de chocolate, pero, esa cajita de betún, se niega a actuar si no damos con un tal Andrés Berval, que el diablo confunda.

El *produceur*, que parecía hombre de inagotables recursos, le interrumpió, diciendo a todos:

—¡No desesperarse, señores! Creo haber encontrado ese misterioso caballero.

Y les dió a leer la nota de sociedad.

—¡Yo resuelvo esto! — exclamó el empresario—. ¡Severac es gran amigo mío!

Le telefonó inmediatamente, cuando el marqués acababa de contestar a su esposa, para poner coto a sus insistentes súplicas:

—Es inútil que insistas. La boda, de celebrarse, será en la más estricta intimidad.

Sonó el timbre del teléfono y Severac descolgó el receptor de su aparato.

—¿Quién es?

El empresario se dió a conocer y le expresó su deseo.

El rostro de Severac dejó paso a la esperan-

za, mostrándose animado, y cedió a cuanto le pedía su amigo el empresario, quien despidióse de él diciéndole enormemente satisfecho:

—En nombre de mis compañeros de empresa, te doy las gracias, querido Severac.

El marqués colgó el aparato, miró sonriente a la marquesa, y dijo:

—Lo he pensado mejor, opino, como tú, que debe celebrarse la fiesta de esponsales. Quiero que te convenzas de que he renunciado por completo a mi locura.

—¡Oh, gracias! — suspiró la marquesa.



Los esponsales de Andrés y Mercedes celebrábanse el mismo día del debut de Chachita.

El marqués estaba alegre, agradeciéndole en el alma la marquesa su tan anhelado cambio de actitud, en bien de ambos, pues ella sentía aún cierto amor hacia él...

¡Cuán lejos estaban todos de la causa de la alegría del enfermo de amor imposible!

La revista alcanzaba un éxito franco, y la presentación de Chachita, como número de fuerza, fué el último alarido de la civilización moderna. ¡El apoteosis de la Pampa y la Manigua en el paraíso Europeo!

El público, puesto en pie, la aplaudía frenéticamente, deseando que bisara la última danza, e iba ella a hacerlo cuando vió entre bastidores, adonde acababa de llegar, al marqués, a quien el empresario apresuróse a decirle:

—Le hemos prometido que la llevarías al la-

do de ese señor Andrés, y ha bailado estupendamente bien. ¡Es un filón, amigo mío!

Chachita, no pudiendo resistir más al deseo de ver en seguida a Andrés, plantó al electrizado público y alcanzando en el escenario a Severac, le dijo con singular exigencia:

—¡Quiero ver a amito Andrés en seguida!

Fué inútil resistirse, y al poco llegaban Chachita y el marqués al palacio donde se celebraban los esponsales de los felices Mercedes y Andrés.

Severac entró con ella en su saloncito particular y le dijo:

—Siéntate aquí y espérame.

Desapareció y fué a dar instrucciones a un criado, quien se presentó a Andrés, hallándose éste con Mercedes y una dama, y le anunció:

—Hay una... señora que desea hablar con usted.

Sorprendido, separóse el ingeniero de su amada y de la distinguida invitada, y dirigióse al saloncito, donde le esperaba la gran sorpresa de ver a Chachita, transformada, como por obra y arte de encantamiento, en una gran señora.

—¡Chachita! — exclamó al verla, lleno de alegría.

—¡Oh, amito! — dijo Chachita.

Y, sin miramiento alguno, obedeciendo a los generosos impulsos de su corazón, los dos jóvenes se arrojaron en sus respectivos brazos.

¡Qué sorpresa!

¡Qué alegría!

—¡Amito Andrés marchó a París y yo vine a París a verle!

Se abrazaron de nuevo, y en tal instante, guiada allí por alguien, apareció Mercedes, y luego la marquesa y la mayoría de los invitados.

Andrés pretendió dar explicaciones, pero le fueron rechazadas, y el marqués, hábil comediante, dijo, delante de todos, ante el inconcebible asombro de Chachita:

—¡Su comportamiento es indigno, caballero!

—Le ruego que me escuche, señor — suplicó Andrés, desesperado.

Pero el marqués le volvió la espalda, y, acercándose a Mercedes, que lloraba junto a la marquesa, le dijo, empujando a ambas hacia los salones en fiesta:

—No te desesperes, pequeña. Has sido víctima de la maldad de un hombre.

Indignado, Andrés, cuando su amada se hubo marchado con la marquesa y los invitados, dijo enérgicamente al marqués:

—¡Le exijo que me permita hablar!

Mas por toda respuesta, el marqués le cruzó el rostro con el guante, desafiándole.

Quedaron a solas Chachita y Andrés.

Atribulada, comprendiendo que había obrado involuntariamente mal, Chachita, al despedirse de él, sollozó:

—¿Tú perdonas a Chachita, verdad?

—Se que no eres culpable, pequeña. Has sido víctima de la maldad de un hombre — repuso compungido Andrés. Y añadió—: Mañana saldré cuentas con él!

—¡Oh! Chachita no querer nunca que muera amito Andrés.

*
**

Los dos rivales enfrentáronse en el campo del honor.

Pero no estaban solos con sus padrinos.

Chachita estaba presente a la funesta escena, oculta entre las ramas de un árbol.

Dióse la señal de preparación, y al llegar el momento de disparar, Andrés lo hizo al aire mientras que el marqués lo hacía recto a su odiado rival, no alcanzándolo como era su más ferviente deseo.

Y ocurrió un hecho inexplicable para todos menos para Chachita.

¡El marqués cayó muerto!

¡Chachita hizo justicia, con un revólver que parecía un juguete!

Logrando desaparecer sin ser vista, Chachita fué al palacio y entrevistóse con las dos mujeres, que esperaban angustiosamente el resultado del duelo.

¿A qué iba allí aquella mujer, causa del duelo?

—Amito Andrés no ha muerto.

—¡Oh, gracias, Dios mío! — exclamó, sin poder reprimir su alegría, Mercedes.

—¿Y el marqués? — inquirió, temblorosa, la marquesa.

—El marqués...

—¡Jesús!

Tambaleándose, la marquesa retiróse a sus habitaciones, y aprovechando la soledad en que quedó con Mercedes, Chachita reveló la verdad, llorando sin consuelo:

—Yo maté al hombre malo que me hizo venir aquí.

En aquel momento Mercedes recibió de manos de un criado esta carta:

Amor mío:

Para perderme, el marqués tramó, ayer, una farsa indigna, acompañando a la infeliz Chachita para que tú creyeras en un amor entre ella y yo, que nunca ha existido. Hoy quise hacerme matar por el marqués y Dios sabe que no

soy responsable de su muerte, a pesar de que por la adjunta carta, dirigida por el marqués a Alvarez, verás la maldad de ese hombre.

En tu decisión van mi vida y mi muerte.

Espero unas palabras tuyas, amor mío, para decidir de mí.

Andrés

Y Mercedes también lloró, pero de alegría, y, llena de gratitud, besó a Chachita.

Esta añadió:

—Chachita va a marcharse lejos... muy lejos... y sería feliz llevándose un recuerdo de amito Andrés... librito pequeño que él tenía... de su madrecita.

—Está aquí, Chachita... Tómalo... Tuyo es...

—¡Este es, sí, éste! ¡Qué bonito! ¡No lo abandonaré nunca, nunca!

Casualmente se abrió el librito en sus manos, y Chachita leyó al principio de la página abierta:

El sacrificio es la felicidad terrenal.

¡Bendita frase que aliviaba su dolor!



—Chachita va a marcharse lejos... muy lejos...

Y partió lejos... muy lejos... pero rogaría siempre por la felicidad de amito Andrés, su único amor, para que fuese dichoso con Mercedes.

FIN

EL LUNES SE PONDRÁ A LA VENTA

la sensacional novela

La Princesa Mártir

Intérprete en la pantalla:

Lucienne Legrand

Traducción de la obra original de

EUGENE BARBIER

32 ilustraciones fotográficas

Artística portada

Pulcrísima traducción

EDICIONES ESPECIALES de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EXCLUSIVA DE VENTA

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERIA

Barbará, 16 - BARCELONA

Ferraz, 21, y Caños, 1 duplicado - MADRID